

A close-up, high-contrast photograph of a person's face, focusing on the nose and mouth. The person's lips are slightly parted, revealing a small, green, rectangular object inside. The skin is fair and has a textured appearance. The background is dark and out of focus.

JOSH CLARE

**TU
FIN DE
SEMANA**

THRILLER

PRÓLOGO

Se contempló las manos. Eran las manos de un anciano, marcadas por décadas de duro trabajo. Un trabajo que en los últimos años se le había hecho cada vez más cuesta arriba. Había envejecido y le flaqueaban las fuerzas. Si hubiera tenido que afrontar todo aquello solo, quizá habría tirado la toalla hacía tiempo y se habría jubilado. Se habría dedicado a criar palomas. O a hacer cualquier cosa de las que suelen hacer los jubilados. Pero no estaba solo. Durante mucho tiempo había creído que a su hija no le interesaría nada de todo aquello. Pero se había equivocado. Era como él y aprendía rápido. Una incontenible ambición juvenil la recorría, mucho más fuerte de la que él jamás había sentido en su interior. Y dentro de él crecía un sentimiento extraño, ¿era algo parecido al cariño paternal?

Alzó la vista y miró a su hija. Lleno de entusiasmo. Por un momento, se le quedaron los ojos vidriosos al ver con qué precisión le cortaba el cuello al hombre arrodillado. Ni él mismo lo habría hecho mejor. Sacudió la cabeza, incrédulo, al ver la seguridad con la que dominaba ya su oficio. El cuchillo en su mano se movía como el pincel de un maestro. Y el resultado era precisamente ese: una obra maestra.

La esposa, atada, gritó. Su alarido resonó por toda la casa, pero ya nadie de su familia lo oyó. Los niños yacían arriba en el pasillo; su marido, ahora a su lado. Se había quedado completamente sola.

Sabía que ese momento lo era todo. El culmen de su obra, esa delgada línea entre la vida y la muerte, entre la desesperación y la

revelación final. Era el instante en que las víctimas comprendían que todo había terminado, que toda esperanza se había agotado, que toda resistencia estaba rota. Prolongar ese momento, aferrarse a él, para eso vivía. Para eso hacía lo que hacía.

Para él era una forma de perfección. No bebía, no fumaba. La sensación que ahora palpitaba en su interior, esa vibración embriagadora y sublime en lo más profundo de su ser, era lo único que siempre había anhelado de verdad. Aquello a lo que era adicto.

Ya de niño había sentido esa agradable calma que lo invadía cuando arrebatava una vida. El gato del vecino, el perro de sus padres... primeros intentos y pequeñas revelaciones. Nadie le había enseñado cómo se hacía. Cómo se manejaba el pincel. Ningún mentor, ningún guía, solo él y su curiosidad.

Su hija, en cambio, tenía suerte. Aprendía de él. Él la guiaba, le explicaba todo hasta el más mínimo detalle. Le enseñaba a dar forma a un momento, a saborearlo, a convertirlo en algo hermoso. Y a veces, cuando la observaba trabajar concentrada, el orgullo lo embargaba. Consideraba que eso lo convertía en mejor padre de lo que el suyo había sido jamás.

Por supuesto, no todo era perfecto todavía. Era joven, impulsiva, y aún no comprendía que la paciencia era a veces la herramienta más importante. Con el cuchillo ya era excepcional. Sus manos trabajaban con la precisión de las de un cirujano. Pero en la planificación, en la preparación sosegada y la ejecución limpia, se dejaba llevar con demasiada frecuencia por su temperamento. Actuaba demasiado rápido, movida por sus impulsos, y era justo ahí donde se colaban los errores.

Pero no pasaba nada. Al fin y al cabo, todavía era una alumna, aunque una alumna dotada, extraordinaria, quizá incluso brillante. Y él estaba convencido de que con el tiempo aprendería todo lo que aún le faltaba.

La mujer temblaba de miedo, las lágrimas le corrían por la cara, goteaban de su barbilla y se mezclaban con la sangre de su marido,

que se extendía oscura sobre las baldosas. Sacudió la cabeza y, con voz quebrada, susurró:

—¿Por qué hacen esto?

Él la miró. Tenía una respuesta en la punta de la lengua, pero no salió de sus labios. ¿Qué habría cambiado? De todos modos, ella no la habría entendido.

Finalmente, su hija se agachó frente a la mujer atada, le apartó con delicadeza un mechón de pelo apelmazado de sangre del rostro y luego apoyó con cuidado su frente en la de ella. Permanecieron así un instante, en silencio, en un gesto casi íntimo, como si existiera un vínculo invisible entre ellas.

Él la observó sin entenderlo. La ternura no significaba nada para él y, sin embargo, ella la buscaba una y otra vez, sobre todo en las mujeres. Quizá le recordaban a su madre.

Era apenas una niña cuando su madre murió; cuando él la mató. Aún recordaba aquel momento con exactitud: la pequeña, de pie en el umbral de la puerta, lo miraba mientras él se arrodillaba sobre el cuerpo sin vida de su madre. Pero no mostró miedo, solo lo observaba con interés.

Así que la acogió, la crio, la moldeó a su imagen y semejanza. La llamó hija.

La mujer había dejado de llorar, había aceptado su destino. Había llegado el momento de terminar. El cuchillo en la mano de su hija relampagueó. Lo blandió de forma lenta y solemne. Alargó el momento, no por inseguridad, sino porque cada uno de sus movimientos era importante y debía tener su tiempo.

Finalmente, la hoja se hundió profundamente en el vientre de la mujer, hasta la empuñadura. Solo entonces giró el cuchillo. La mujer emitió un sonido, un sollozo ahogado y jadeante que enmudeció bruscamente cuando la vida la abandonó.

Aún sostuvo a la mujer muerta por un instante en una especie de abrazo, luego depositó el cuerpo inerte a un lado y se incorporó. Ambos contemplaron su obra en silencio, mientras el olor denso y

dulzón de la sangre flotaba en el aire. Ella se giró hacia él, con sus ojos grandes y expectantes fijos en los suyos, como si esperara un veredicto. Él respondió con una sonrisa. Y ambos supieron que era perfecto.

Ahora estaba seguro de que ella podría continuar su obra cuando él ya no estuviera. Pero ese momento aún no había llegado, todavía tenían tiempo para aprender, para disfrutar de su compañía y ejercer juntos su oficio. Era su regalo para aquellos que lo aceptaban y, sobre todo, para aquellos que lo rechazaban.

CAPÍTULO 1

Claire metió la mano en el bolso, sacó la barra de labios y bajó el parasol. Se repasó los labios concentrada frente al espejo. —Es una locura la de dinero que tienen tus padres —dijo sin apartar la vista.

—¿No fue esa la verdadera razón por la que te casaste conmigo? —preguntó Ethan con sorna. Ella volvió a subir el espejo y lo miró—. Bueno, desde luego no fue por tu físico. —Ambos se rieron.

Llevaban ya cinco años casados, y Claire podía decir sinceramente que era feliz. Su matrimonio con Ethan era incluso mejor de lo que había esperado. Se entendían sin necesidad de muchas palabras, conocían las manías del otro y sabían cuándo necesitaban cercanía y cuándo espacio. Y se reían de las mismas cosas.

Era feliz trabajando como profesora en su colegio. El dinero siempre había tenido un papel secundario en las decisiones de su vida; hacer carrera nunca le había importado de verdad.

Ethan, en cambio, era diferente. También porque trabajaba en la empresa de su padre, una de las mayores corporaciones tecnológicas del país, su vida consistía en reuniones, cifras y llamadas constantes. Cien horas de trabajo a la semana no eran la excepción, sino la rutina. Su rutina. Claire sabía en lo que se había metido cuando se casó con él. Lo había aceptado porque sabía lo mucho que significaba el trabajo para él. Y porque lo amaba.

Mientras de vez en cuando hubiera fines de semana juntos, como este, de camino a la casa de vacaciones de sus padres, podía vivir

con ello.

Ethan llevaba el móvil encima, pero había prometido usarlo solo en caso de emergencia. Sin embargo, ya se habían producido dos de esas emergencias antes siquiera de que hubieran salido de la ciudad. Claire se lo tomó con una sonrisa. Así eran las cosas. ¿Qué matrimonio era perfecto? ¿Y no era precisamente esa imperfección lo que de verdad definía un matrimonio?

Subieron por una carretera aparentemente interminable que ascendía por la montaña, serpenteando a través de un bosque que parecía no tener fin. El coche se deslizaba entre altas hileras de árboles, pasando junto a rocas cubiertas de musgo, donde la maleza se volvía más densa y apenas llegaba luz al suelo. Solo de vez en cuando se cruzaban con otro vehículo. Finalmente, dejaron la carretera principal, siguieron un rato por una estrecha carretera secundaria y, de repente, se abrió ante ellos una vista impresionante.

—¡Vaya! —exclamó Claire al divisar la finca—. Ante usted se encuentra la residencia familiar de los Anderson, una propiedad aislada del más alto nivel —explicó Ethan—. Aquí le esperan dos días de tranquilidad y relajación. Pasee por bosques vírgenes, disfrute del silencio y del aire fresco. —Claire se rio.

La vista la dejó maravillada. La casa se alzaba, de un profundo color antracita, en una extensa parcela rodeada de pinos altos y frondosos que conferían al lugar una atmósfera casi mística.

La arquitectura era sobria y moderna: líneas limpias, techo plano, amplias cristaleras que abrían la vista al bosque. Se había empleado mucha madera, un cálido contraste con la piedra oscura que daba profundidad a la casa. Una generosa piscina se extendía a lo largo de la terraza, a la que se accedía directamente desde el salón. La madera y la piedra aportaban acentos y creaban una conexión armoniosa entre la construcción moderna y la naturaleza. Aquella finca no era solo un hogar, era toda una declaración de intenciones.

—Creo que voy fatal vestida para esta casa —dijo Claire, negando con la cabeza con incredulidad. Luego miró a Ethan—. Vale, *este* es

el motivo por el que me casé contigo. —Señaló la casa. Ethan sonrió y aparcó el coche delante del garaje.

Salieron del coche y abrieron el maletero justo cuando sonó el móvil de Ethan. Él le lanzó una mirada de disculpa. —Emergencia número tres, lo siento —murmuró antes de contestar. Luego abrió la puerta principal y desapareció dentro de la casa para hablar por teléfono.

Claire se quedó fuera un momento más, paseando la mirada por la naturaleza. Era otoño, el aire ya estaba algo fresco y la piscina seguramente se quedaría sin usar. La finca estaba bastante aislada. Los padres de Ethan habían sido previsores: había comida y bebida de sobra, y su padre había mencionado con especial orgullo que en la bodega aún quedaban suficientes botellas de vino; un tinto de elaboración propia, desde que había comprado una bodega en Francia.

Claire observó un cuervo que picoteaba el cadáver de un animal al pie de uno de los altos pinos; supuso que sería una liebre muerta o algo parecido. Un ligero escalofrío le recorrió la espalda. Entonces cogió una maleta del coche y entró en la casa.

Se detuvo un instante en el espacioso vestíbulo. Por dentro resultaba tan impresionante como por fuera: paredes oscuras de un profundo color antracita, combinadas con cálidos toques de madera que daban a la estancia una atmósfera sorprendentemente acogedora. Los techos eran altos y la última luz del sol poniente se colaba por los ventanales de suelo a techo, dibujando largas sombras sobre el pulido suelo de piedra.

Ethan, sin dejar de hablar por teléfono, le dio al interruptor, y una luz suave y cálida inundó la casa, resaltando los detalles sumamente lujosos: muebles elegantes, arte moderno en las paredes, transiciones fluidas entre las estancias.

A pesar del diseño moderno, todo resultaba acogedor. Una enorme zona de estar diáfana conectaba la cocina, el comedor y el salón, con los muebles cuidadosamente seleccionados: sofás grandes, alfombras claras, nobles mesas de madera. Por todas partes había discretas fuentes de luz que hacían el ambiente aún más cálido. El

lujo era palpable, pero no apabullante; era una casa que irradiaba calidez e intimidad a partes iguales, perfecta para un fin de semana de desconexión.

Claire fue a la cocina y abrió los armarios. Había más que de sobra. Conservas, pasta, vino, fruta fresca y carne en la nevera. De sobra para dos semanas.

Sacó una botella de champán, la abrió con un sonoro *pop* y llenó dos copas. Se quedó un momento junto a la ventana. Fuera ya había oscurecido.

Los árboles negros se perfilaban como siluetas contra el cielo. El bosque parecía infinito. Claire sintió un ligero escalofrío, aunque en la cocina se estaba agradablemente caliente. La luz brillaba intensa sobre ella, proyectando nítidos reflejos en los grandes ventanales. Desde fuera, la casa debía de parecer un punto resplandeciente en la oscuridad. Como una estrella brillante en el cielo nocturno.

Involuntariamente, le asaltó un pensamiento: ¿y si hubiera alguien ahí fuera? En ese momento. ¿Alguien que la estuviera observando ahora, mientras ella estaba aquí, ajena a todo?

Por otro lado, era muy improbable; al fin y al cabo, la casa habitada más cercana estaba muy lejos. Incluso el imponente bosque de ahí fuera pertenecía todavía a la propiedad, y aun así, la idea de un observador oculto le encogió el corazón por un instante.

Una extraña mezcla de seguridad y aislamiento se apoderó de ella. Dio un sorbo de champán y cogió el móvil. Ningún mensaje nuevo. A diferencia de Ethan, parecía que nadie la reclamaba. La invadió una débil sensación de decepción. Dejó el teléfono sobre la encimera, cogió las copas y fue al salón.

La luz estaba suavemente atenuada, en la chimenea parpadeaba un fuego. Se dejó caer en el enorme sofá de cuero oscuro. Poco después, oyó a Ethan hablar en la habitación de al lado, y luego su voz enmudeció.

Se acercó a ella, con el móvil todavía en la mano.

—Discúlpame, nena —dijo mientras se dejaba caer a su lado—. Creo

que por hoy ya está.

Claire enarcó una ceja. —¿Por *hoy*?

Ethan sonrió, se inclinó y la besó. —Sí. A efectos laborales, estoy oficialmente de fin de semana. ¡Que empiece el relax!

Ella se rio, cogió su copa y brindó con él. —La verdad es que esto es impresionante —dijo finalmente, mirando a su alrededor—. ¿Vienen mucho por aquí tus padres?

Ethan negó con la cabeza. —Creo que no han estado aquí nunca. Decadente a más no poder, ¿verdad?

Claire sonrió. —Decadente, tal vez, pero también precioso.

En cierto modo, le parecía irónico que los padres de Ethan fueran tan ricos como para poder permitirse varias casas como aquella y que, sin embargo, casi nunca tuvieran tiempo para disfrutarlas. Siempre había pensado que la gente aspiraba a la riqueza para no tener que trabajar más. El padre de Ethan era todo lo contrario: vivía para su trabajo, y estaba segura de que nunca se jubilaría. Para ella era algo incomprensible.

Ethan le cogió la mano y juntos miraron a través de los grandes ventanales hacia la oscuridad de la noche. Durante un rato ninguno de los dos dijo nada, hasta que finalmente él preguntó en voz baja: —¿Lo has pensado?

Ella comprendió al instante a qué se refería, y sí, lo había pensado. No había pensado en otra cosa. Su mirada se encontró con la de él, suave y llena de afecto. Entonces asintió.

Al ver cómo se le iluminaba el rostro, cuán grande y sincera era su alegría, sintió que una agradable calidez crecía en su interior.

—Muy bien —dijo él con una sonrisa—. ¿Empezamos ya entonces?

No respondió con palabras, sino que se inclinó hacia él y al instante siguiente se perdieron en un beso apasionado.

CAPÍTULO 2

Claire se despertó, parpadeó ante la intensa luz y necesitó un momento para orientarse. El sol ya había salido y bañaba el dormitorio del primer piso en una cálida luz dorada. Las motas de polvo flotaban perezosamente en los cálidos rayos y, en algún lugar fuera, piaba un pájaro. Se estiró y palpó instintivamente el otro lado de la cama. Vacío. La sábana llevaba fría mucho tiempo. Desde la habitación de al lado llegaban ruidos tenues, un murmullo, el repiqueteo de las teclas, una maldición en voz baja. Claire suspiró. Así que era verdad. Había esperado haberse equivocado cuando oyó vibrar su móvil en la mesilla de noche en plena madrugada. ¿O había sido de madrugada? Ya no lo recordaba con exactitud. Pero ya conocía ese patrón de sobra.

Picada por la curiosidad, se levantó, se puso la bata y caminó descalza sobre el frío suelo de piedra hasta el otro dormitorio. El frescor de las baldosas bajo sus pies disipó los últimos vestigios de sueño. Allí estaba Ethan, sentado en una silla frente al escritorio, inclinado hacia delante y con la mirada concentrada en la pantalla de su portátil.

Tenía los hombros tensos y sus dedos volaban sobre el teclado. A su lado había una taza de café medio vacía y, junto a ella, su móvil, cuya pantalla se iluminaba una y otra vez. Ni siquiera se había dado cuenta de que ella había entrado en la habitación.

Claire se apoyó en el marco de la puerta y se cruzó de brazos. Un fin de semana, había dicho él. Solo para ellos dos, sin portátil, sin correos, sin emergencias. Si era sincera, no le había creído del todo.

Conocía su trabajo, conocía la realidad que se escondía tras esas promesas. Y, aun así, una pequeña parte de ella había esperado que esta vez fuera diferente.

No era culpa suya. Lo sabía. Nunca era culpa suya. Las emergencias no avisaban y, cuando llegaban, lo hacían de forma implacable y sin tener en cuenta promesas ni buenas intenciones. A pesar de todo, algo la corroía por dentro, una pequeña y punzante decepción que no quería expresar en voz alta. ¿De qué habría servido?

Cuando la vio, se sobresaltó ligeramente y se giró a medias. Durante un instante, un atisbo de culpabilidad asomó a su mirada antes de que intentara sonreír.

—¿Te he despertado?

—No, no pasa nada —respondió Claire, acercándose. Le rodeó los hombros con los brazos con delicadeza y se inclinó para mirar la pantalla. Columnas de números, diagramas, algunos archivos cuyos nombres no le decían nada. El calor de él traspasaba la fina tela de su camiseta, y sintió lo tensos que estaban sus músculos.

—¿Trabajo? —preguntó en voz baja, aunque ya sabía la respuesta.

Ethan suspiró profundamente y apartó las manos del teclado. — Tengo que subir unos archivos, pero la conexión aquí es un desastre. Llevo más de una hora intentándolo. —Señaló con frustración la barra de carga en la pantalla, que se llenaba con una lentitud exasperante—. Creo que luego me acercaré un momento al pueblo a probar allí. En la cafetería o en algún sitio de esos, tienen una conexión más estable.

Claire apretó los labios y se irguió. Sus brazos resbalaron de los hombros de él. El fin de semana que debía ser para ellos se derretía como la nieve al sol. —Ay, Ethan...

En su voz no había reproche, solo una silenciosa resignación que pareció afectarle más que cualquier queja.

—Será solo un momento —dijo él en tono tranquilizador, girándose por completo hacia ella. Le cogió la mano—. Con una conexión decente no tardo ni diez minutos, de verdad. Subir, listo y vuelta. Y a

cambio traeré algo, te lo prometo. ¿Quizá algo del italiano para esta noche? ¡Tienen raviolis caseros!

Era una oferta de paz, envuelta en la promesa de su comida favorita. Claire lo miró, vio el cansancio en sus ojos, la tensión en su mandíbula. No era culpa suya. Lo sabía. Y, al menos, intentaba compensarlo, aunque eso no le devolviera el tiempo perdido.

Inspiró de forma audible, dudó y luego asintió. —Está bien. —Las palabras sonaron más bajas de lo que pretendía.

—¿Seguro? —Ethan se levantó y la atrajo hacia sí—. Sé que lo prometí. Lo siento.

—Lo sé. No te preocupes. —Y era verdad, al menos en su mayor parte. Estaba bien. Tenía que estarlo. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Mientras su mirada recorría la habitación, se detuvo en algo: una puerta de metal, estrecha, tan discretamente empotrada en la pared que hasta ahora no la había visto. A su lado, un pequeño panel de control con teclado numérico emitía un débil destello verde a intervalos regulares. —¿Qué es eso? —preguntó, señalándolo con la barbilla.

Ethan siguió su mirada. Por un instante pareció confuso, como si él mismo se hubiera olvidado de la puerta; luego, se levantó y se acercó a la pared. —Ah, eso —murmuró, casi con indiferencia. Se inclinó sobre el panel de control—. El código es 11405. —Sus dedos flotaron sobre las teclas y después marcó la secuencia de números. Se oyó un pitido corto de confirmación y la puerta se deslizó para abrirse con un suave zumbido mecánico.

—Ábrete, sésamo —dijo con voz falsamente solemne y un gesto teatral.

Claire se acercó, curiosa por ver qué se escondía detrás, y se quedó clavada en el sitio. Dentro del armario, estrecho pero profundo, había varios fusiles y pistolas, cuidadosamente sujetos en soportes acolchados. El metal brillaba con un lustre mate a la luz de la mañana. Todo estaba dispuesto de forma ordenada, casi esterilizada, como en un museo.

—Mi padre insistió en que las instalaran —dijo Ethan, esbozando una sonrisa insegura, como si tuviera que disculparse por algo que no había sido decisión suya—. Para defensa personal. Está convencido de que uno tiene que poder defenderse en caso de emergencia. Forma parte de su... visión del mundo, diría yo.

Se pasó una mano por el pelo y suspiró levemente, un sonido a medio camino entre la vergüenza y la resignación. —Están instaladas en todas sus casas. De verdad, en todas. Para él es parte del equipamiento básico, como los detectores de humo o una alarma. No entiende por qué los demás no lo ven así.

—Bueno es saberlo —dijo Claire, insegura. Su voz sonó débil. Sintió un ligero nudo en el estómago mientras contemplaba el armario abierto. Las armas parecían fuera de lugar y amenazadoras en aquella casa de vacaciones inundada de sol, un agudo contraste con el idilio pacífico que se veía por la ventana. No sabía muy bien qué decir. ¿Debía estar impresionada? ¿Preocupada? Se sentía atrapada en un punto intermedio.

Ethan pareció percibir su incomodidad. Cerró el armario y se volvió hacia ella como si quisiera zanzar el tema rápidamente. —¿Bajas a desayunar?

Claire asintió, agradecida por la distracción. —Sí. Claro que sí.

Se sentaron a la mesa del desayuno, la luz del sol de la mañana entraba cálida y dorada por los grandes ventanales, bañándolo todo en un brillo meloso. El café y los cruasanes recién horneados desprendían un aroma delicioso. Claire disfrutó de la cercanía, de la despreocupada compañía de Ethan, de cada uno de esos preciosos momentos que les pertenecían solo a ellos. El trabajo estaba olvidado, al menos por ahora, y Ethan estaba completamente con ella, atento, relajado y con una sonrisa alegre. Así es como debía ser.

Más tarde se dejaron caer en el mullido sofá del salón, se acurrucaron juntos con las piernas entrelazadas y miraron a través de los grandes ventanales panorámicos hacia el denso bosque. El silencio era agradable, pacífico, solo interrumpido por el suave

susurro de las hojas con el viento y el canto ocasional de los pájaros. Claire apoyó la cabeza en el hombro de Ethan y respiró hondo. El aire fresco entraba por la puerta de la terraza, ligeramente abierta.

De repente, algo se movió en el borde de su campo de visión, un breve destello entre los densos troncos. Claire siguió el movimiento instintivamente con los ojos y sintió que el corazón se le aceleraba por un momento. Había algo allí. ¿O alguien?

—¿Has visto eso? —preguntó en voz baja, un poco insegura de si sus ojos le habían jugado una mala pasada.

Ethan se incorporó un poco y entrecerró los ojos. Miró fijamente al bosque, con la mano todavía en la cadera de ella. —¿El qué? —preguntó al cabo de un momento—. Veo árboles... y al lado, árboles. En realidad, solo hay árboles. —Una sonrisa divertida asomó a sus labios.

Claire se mordió el labio. Su mirada permaneció fija en el bosque. Estaba segura de haber visto algo, un movimiento que parecía demasiado deliberado, demasiado intencionado, para haber sido causado por el viento. ¿O quizá a alguien? Una sombra fugaz que se movía entre los troncos, visible por una fracción de segundo antes de desaparecer de nuevo en la espesura.

—En este bosque hay muchos ciervos —dijo Ethan finalmente con voz tranquilizadora, atrayéndola de nuevo hacia sí—. Probablemente solo ha sido un corzo o algo así. Están por todas partes.

Claire asintió lentamente. Probablemente tenía razón, intentó convencerse. Un animal, solo un animal. Nada por lo que preocuparse. Sin embargo, una débil y persistente sensación de inquietud permaneció en ella, un ligero nudo en la boca del estómago, mientras volvía a pasar la vista por el interminable bosque.

Los árboles permanecían inmóviles. No se veía ningún movimiento. Quizá de verdad se lo estaba imaginando. Quizá era solo el silencio, el entorno desconocido, lo que engañaba a sus sentidos. Pero una

pequeña parte de ella, una parte que no podía acallar del todo, no estaba tan segura.

Después de comer, Ethan se preparó para ir al pueblo. Claire lo observó mientras se ponía la chaqueta y se guardaba las llaves en el bolsillo. Salieron juntos y se quedaron un momento en silencio delante del coche. El aire era suave, impregnado del aroma de los pinos.

—¿De verdad que no quieres venir? —preguntó él. Un último intento de convencerla.

Claire negó con la cabeza y sonrió con dulzura. —No, me quedo aquí. —Se alegraba de haber escapado de la ciudad, del ruido, de las multitudes, del ajetreo constante, y quería disfrutar al máximo de la tranquilidad de aquel lugar. El silencio, la amplitud, la sensación de poder respirar.

—De acuerdo. —Ethan asintió comprensivo y se acercó a ella. Sus manos le buscaron las caderas y la atrajeron hacia él—. Si pasa cualquier cosa, llámame. Volveré lo antes posible. —Le dio un beso largo y cariñoso en la boca. —Lo sé. Venga, vete ya —dijo ella, apartándolo con afecto.

Ethan subió al coche. Arrancó el motor, cuyo ronroneo rompió el silencio, y descendió lentamente por la serpenteante carretera. Claire se quedó en el camino de entrada, con los brazos cruzados sobre el pecho, y lo siguió con la mirada durante un buen rato. Observó cómo el coche se hacía más pequeño, cómo serpenteaba entre los árboles hasta que finalmente desapareció por completo tras el denso verdor.

Entonces volvió a mirar hacia el bosque. El silencio era ahora absoluto. El aislamiento, los innumerables árboles que la rodeaban por todos lados como un muro viviente... tuvo que admitir que el corazón le latía un poco más rápido. Un aleteo nervioso que no podía reprimir del todo. No dejaba de ser una chica de ciudad, de los pies a la cabeza, y estaba acostumbrada al ajetreo, a ese constante ruido de fondo urbano. Que ahora se sintiera tan extraña allí fuera, tan vulnerable y pequeña, la sorprendió a ella misma. No era miedo,

no exactamente, sino más bien una inseguridad, un sutil malestar que le carcomía los bordes de la conciencia.

Con un profundo suspiro, se dio la vuelta y volvió a entrar en la casa. Cerró la pesada puerta de entrada tras de sí. Por un momento, dejó las manos sobre el frío metal del pomo y cerró los ojos. Inspiró profundamente, absorbiendo la calma, intentando percibirla como algo positivo. La casa ahora era toda suya. Una extraña sensación de libertad se mezcló con un toque de aprensión, como si estuviera en un museo después de que todos los visitantes se hubieran marchado.

Claire desechó ese pensamiento y fue a la cocina. Pasó la mano por la brillante e imponente cafetera, un modelo italiano. Empezó a preparar café recién hecho.

Una vez llena la taza, cogió una de sus bolsas de viaje, que todavía estaba en el pasillo, sacó un libro y volvió tranquilamente al sofá.

Se acomodó en los blandos cojines, dejó con cuidado la taza humeante a su lado en la baja mesa de centro y abrió la primera página. Lentamente, se sumergió en la historia, palabra por palabra, línea por línea, mientras fuera el bosque susurraba suavemente con el viento y el mundo a su alrededor se desvanecía poco a poco.

CAPÍTULO 3

La luz del día se desvanecía poco a poco. Claire había encendido las lámparas del salón y una luz cálida y amarillenta llenaba la habitación. Fuera, el cielo se teñía de suaves tonalidades anaranjadas y violetas, mientras las copas de los árboles se convertían en siluetas negras.

El móvil de Claire vibró sobre la mesa de centro y la pantalla se iluminó con un brillo intenso. Lo cogió y vio el mensaje de Ethan: *Siento haber tardado, pero ya he terminado. Voy a por algo de cenar y vuelvo.*

Claire suspiró en voz baja, una mezcla de alivio y frustración, y dejó el móvil de vuelta en la mesa del salón con un gesto de fastidio. Por supuesto que había tardado más. Siempre tardaba más. Debería haberlo sabido. Al menos ya estaba de camino.

Se levantó y fue a la cocina para ir poniendo la mesa. Quizá eso acortara un poco el tiempo. Sus pasos resonaban suavemente en el suelo. Sacó los platos del armario, preparó los cubiertos y lo alineó todo con esmero. Al volverse hacia la encimera para coger la jarra de agua de cristal, su mirada se posó en la ventana que había sobre el fregadero.

Entre el reflejo de la luz de la cocina en el cristal y el jardín, ahora casi completamente a oscuras, creyó ver un movimiento. Solo una sombra, un breve parpadeo en el rabillo del ojo, como si algo, o alguien, se hubiera movido rápidamente ahí fuera.

Se detuvo en seco, con la jarra aún firmemente en la mano, los dedos aferrados al frío cristal. Miró fijamente a la oscuridad, intentando enfocar la vista, ver a través del reflejo. Nada. Absolutamente nada. Solo los contornos oscuros de los árboles y los arbustos. Solo el viento, que mecía suavemente las ramas de un lado a otro y hacía susurrar las hojas.

—Imaginaciones mías —murmuró para sí, su voz sonaba demasiado alta en la silenciosa cocina. Se obligó a esbozar una sonrisa insegura y negó ligeramente con la cabeza ante su propio nerviosismo—. Me estoy volviendo paranoica. Es ridículo. Es solo el viento.

Dejó la jarra con cuidado sobre la mesa, se secó las manos ligeramente húmedas en un paño de cocina de cuadros e intentó calmar la respiración. Entonces, de repente, se oyó un golpe fuerte y claro en la puerta principal.

El ruido rompió el silencio como un martillazo. Claire se sobresaltó violentamente, su corazón dio un vuelco doloroso y al instante empezó a latir más deprisa, con fuerza contra sus costillas. Por poco se le escurre la jarra de las manos.

Durante un instante, un loco y esperanzado instante, creyó que podía ser Ethan. Quizá se había olvidado la llave. Quizá se había dado prisa. Pero entonces se impuso la lógica: era imposible que hubiera vuelto tan rápido.

Se le secó la boca. ¿Quién llamaba a la puerta?

Con pasos vacilantes, Claire se dirigió a la puerta. El corazón le latía con fuerza, un palpitar sordo que sentía hasta en las sienes. Se detuvo un momento, libró una batalla consigo misma y luego se obligó a seguir andando. Al llegar a la puerta, respiró hondo, como si tuviera que reunir fuerzas para lo que fuera que le esperaba.

Contrólate, se dijo, no hay motivo para tener tanto miedo. Con sumo cuidado, bajó el pomo y abrió la puerta una rendija y luego un poco más.

Fuera había una mujer joven. No tendría más de veinte años. Sus ojos fueron lo primero que le llamó la atención a Claire,

inusualmente grandes y de un verde intenso que parecía brillar incluso bajo la tenue luz de la lámpara exterior. Las mejillas de la desconocida estaban arreboladas, marcadas por el frío cortante del aire nocturno. Una sonrisa débil e insegura cruzó su rostro, más una crispación nerviosa de las comisuras de los labios que una verdadera expresión de alegría o alivio.

—Disculpe la molestia —dijo la mujer con voz apagada—. Mi coche... se me ha averiado... por ahí, en la carretera. —Su mano se alzó en un gesto impreciso, señalando vagamente en dirección al sinuoso camino de entrada que llevaba a la casa, sin marcar realmente un punto concreto—. Y entonces he visto su luz, entre los árboles, y he pensado...

Claire se quedó indecisa en la puerta, con una mano todavía en el pomo, lista para volver a cerrarla en cualquier momento. —Oh..., sí, entiendo —dijo, esforzándose por sonar amable, aunque su inquietud iba en aumento—. ¿Quiere que llame a alguien por usted? ¿A la grúa o algo así? —Estaba a punto de darse la vuelta, de volver a entrar para coger el teléfono de la mesa del salón, cuando la voz de la desconocida la detuvo.

—¿Hay por aquí... es decir, sabe usted si hay alguna gasolinera por la zona? —La pregunta salió entrecortada, cada palabra parecía costarle un esfuerzo a la mujer, como si tuviera que recuperarla fatigosamente de las profundidades de su memoria antes de poder pronunciarla. Al hacerlo, frunció el ceño en un gesto de concentración.

Claire negó con la cabeza. —No, que yo sepa. Al menos no en las inmediaciones. La gasolinera más cercana debe de estar... creo que a unos quince, quizá veinte minutos en coche.

La joven parpadeó varias veces seguidas, con la mirada ausente, casi confusa, como si la respuesta de Claire la hubiera sorprendido por completo o como si no pudiera procesar bien la información. —Ah... sí, entiendo —murmuró—. Tal vez podría usted entonces... o no, sabe qué, olvídelo, en realidad no es tan importante. —Pero mientras hablaba, su mirada pasó de largo a Claire, se deslizó por

encima de su hombro y escrutó el luminoso interior de la casa. Sus ojos se movían con aire inquisitivo, como si estuviera registrando las habitaciones en busca de algo concreto, de un detalle que necesitara encontrar a toda costa.

Un tirón helado y desagradable, como una mano invisible, le atenazó la nuca a Claire. Todos sus instintos se pusieron en alerta de repente. —¿Está usted segura de que se encuentra bien? —preguntó con cautela, su voz ahora algo más recelosa.

—Oh, sí, perfectamente —la interrumpió la mujer apresuradamente, y de pronto quella sonrisa volvió a dibujarse en su rostro. Pero esta vez parecía aún más artificial, casi dolorosa, más bien una mueca que se pone alguien que ha olvidado cómo es una sonrisa de verdad—. Vive usted en un sitio muy bonito —dijo entonces con una voz que sonaba un punto demasiado admirada, demasiado interesada. Sus ojos volvieron a recorrer el interior de la casa—. Tan apartado, tan tranquilo. ¿Vive aquí... completamente sola?

La pregunta fue tan repentina, tan directa y sin previo aviso, que Claire se quedó literalmente sin habla por un momento. Se le hizo un nudo en la garganta. —No —respondió entonces, de forma escueta y clara, su voz ahora notablemente más fría, más distante—. Con mi marido. —No sintió la más mínima necesidad de prolongar aquella incómoda conversación ni un segundo más de lo estrictamente necesario.

La mujer asintió despacio, mecánicamente, como si estuviera registrando la información. Pero entonces ocurrió algo que hizo que a Claire se le erizara aún más el vello: la desconocida se quedó allí de pie, mirándola fijamente. Inmóvil. Sin parpadear. Los segundos se alargaron agónicamente, se volvieron algo viscoso, insoportable. El tiempo mismo pareció detenerse, el aire entre ellas se congeló. Claire podía oír el zumbido de la sangre en sus oídos. Finalmente, tras una eternidad que quizá solo había durado unos segundos, pero que parecieron minutos, los labios de la mujer se movieron de nuevo: —Vale. Nos vemos.

Sin decir una palabra más, sin dar ninguna explicación, la joven se dio la vuelta bruscamente y bajó por el camino de entrada. Se alejó paso a paso, su figura se fue haciendo más y más pequeña hasta que se desdibujó en el crepúsculo, engullida por las sombras de la noche.

Claire se quedó clavada en el umbral de la puerta, con la mano todavía en el pomo, los nudillos blancos por la tensión. Una parte de ella, la parte educada y civilizada, quería llamar a la desconocida, ofrecerse a ayudarla de todas formas, acompañarla al menos hasta su coche o llevarle una manta. Pero otra parte más profunda, la que se guiaba por los instintos y la difusa sensación de peligro, simplemente se sentía aliviada de que la mujer se hubiera ido. De que aquella presencia perturbadora se hubiera alejado.

Finalmente, tras lanzar una última mirada a la oscuridad ahora vacía, Claire retrocedió y cerró la puerta con fuerza tras de sí. Oyó el gratificante clic de la cerradura. Luego se apoyó pesadamente en la madera, sintiendo el frío a través del jersey. Un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío de fuera le recorrió lentamente la espalda, extendiéndose por sus hombros. Le temblaban ligeramente las manos.

Algo en todo aquel encuentro había sido simplemente... erróneo. Fundamentalmente erróneo. No solo extraño o inusual, sino perturbador de una forma que no se podía expresar con palabras, pero que había sentido en cada fibra de su ser.

En la casa reinaba el silencio, solo se oía el leve tictac del reloj de pared.

CAPÍTULO 4

Claire estaba de pie en medio de la cocina, con las manos apoyadas en la fría encimera, e intentaba con todas sus fuerzas apartar de su mente el inquietante encuentro en la puerta de casa. Se convenció a sí misma de que la joven probablemente solo había estado desorientada. Quizá en estado de shock tras la avería de su coche. O bajo los efectos de las drogas o el alcohol. Posiblemente una combinación de todo ello. Al fin y al cabo, la gente se comportaba de forma extraña cuando sufría estrés o no estaba en sus cabales. A pesar de estos intentos de explicación racional, la mala sensación en su pecho no quería desaparecer. Se había instalado allí como una piedra fría y pesada, imposible de sacudir. Con manos ligeramente temblorosas, cogió un vaso del armario, lo llenó de agua fría del grifo y se sirvió. Se llevó el vaso a los labios y bebió un gran sorbo, con la esperanza de que la frialdad del agua la calmara. Pero la sensación de náuseas y opresión en el estómago persistió, e incluso se intensificó. La idea de que Ethan aún no estuviera en casa, de que estuviera por ahí fuera en la oscuridad y la hubiera dejado aquí completamente sola, solo empeoraba las cosas. La casa, que normalmente le parecía tan acogedora, de repente se sentía demasiado grande.

De pronto, un ruido lejano llegó hasta ella. Era débil, y sin embargo, en el tenso silencio, sonó anormalmente alto, casi amenazador. Claire levantó la cabeza bruscamente y se quedó paralizada. Sus músculos se tensaron, cada nervio en máxima alerta. Contuvo la

respiración y escuchó atentamente en la oscuridad, tratando de localizar o identificar el sonido.

Nada. Solo silencio. Un silencio denso, pesado, casi asfixiante, que lo cubría todo como un manto. No siguieron más ruidos. Y, sin embargo, ese silencio no resultaba tranquilizador. Se sentía extraño, cargado, como si algo o alguien estuviera esperando a que bajara la guardia.

Tras unos momentos agónicamente largos de escucha, Claire decidió finalmente que no podía quedarse ahí parada en la cocina volviéndose loca. Iría al salón, se sentaría en el sofá y esperaría allí hasta que Ethan llegara por fin a casa. Quizá debería encender la televisión, distraerse con las imágenes parpadeantes y las voces, hacer algo que devolviera una sensación de normalidad y cotidianidad, que rompiera esa atmósfera opresiva.

Con pasos decididos, se dirigió al salón. La luz tenue de la lámpara de pie del rincón bañaba la habitación en una cálida luz ambarina. Claire se acercó al sofá, se inclinó para coger el mando a distancia, que debía de estar sobre la mesa de centro, y de repente se detuvo en mitad del movimiento. Su mano se quedó paralizada en el aire. El corazón se le paró por un instante.

El sitio en la mesa de centro estaba vacío. El móvil que había dejado allí —estaba absolutamente segura de que lo había dejado allí— había desaparecido. Este hecho, simple pero imposible, le provocó un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo.

Claire se enderezó lentamente, su mirada se deslizó incrédula sobre la superficie de la mesa, como si el teléfono pudiera reaparecer en cualquier momento, como si solo hubiera sido una ilusión óptica. — Lo he dejado aquí —susurró en el silencio vacío—. Completamente segura. Lo recuerdo perfectamente.

Con creciente desesperación, comenzó a buscar. Sus manos revolvieron la pila de revistas que había en el borde de la mesa, apartándolas con prisa. Levantó los cojines del sofá uno por uno, palpó en las rendijas entre los asientos. ¿Quizás se había deslizado de alguna manera? Volvió a la cocina, paseó la mirada por la

encimera, entre los electrodomésticos, incluso abrió un cajón, aunque sabía lo absurdo que era. Nada. El móvil seguía desaparecido, como si se hubiera desvanecido en el aire.

Unas punzadas frías y afiladas le recorrieron la espalda como patas de insecto, extendiéndose por sus omóplatos. Su respiración se volvió más superficial. ¿Quizá había dejado el teléfono en otro lugar, en un momento de descuido, sin recordarlo? Esas cosas pasaban, sobre todo cuando una estaba distraída. Pero en el fondo, Claire sabía que no era cierto. Lo había puesto sobre la mesa. Aún podía ver la imagen de su mano dejando el dispositivo, de cómo reposaba sobre la madera.

De repente, un pensamiento le cruzó la mente, y con él, se le heló la sangre en las venas. ¿Lo había cogido *alguien*?

Su mirada se dirigió involuntariamente, casi en contra de su voluntad, hacia la puerta de entrada. La maciza puerta de madera que se interponía entre ella y el mundo exterior. ¿Estaba realmente cerrada con llave? ¿O solo se lo había imaginado? De repente, ya no podía recordarlo con seguridad. El recuerdo se volvió borroso, difuso. Una fuerte y sofocante sensación de incertidumbre la invadió, agarrándola por la garganta.

Con pasos rápidos, casi de pánico, corrió hacia la puerta de entrada. La oscuridad exterior parecía más densa que antes, casi viva, como si se apretara contra las ventanas para entrar. Claire podía sentir literalmente que algo acechaba ahí fuera, esperando, deseando entrar.

Justo en el momento en que los dedos de Claire se acercaban al pomo de la puerta, cuando extendió la mano para comprobar si realmente estaba cerrada, un ruido rasgó el silencio. Un estruendo, seguido de un tintineo metálico, como si algo se hubiera caído o lo hubieran volcado fuera. Algo pesado, quizás metálico.

El corazón de Claire literalmente explotó en su pecho. Empezó a latir salvajemente, sin control, golpeando contra sus costillas como un animal atrapado. El latido era tan violento, tan fuerte, que podía oír

su propio pulso en su cabeza, un estruendo rítmico y atronador, como una tormenta desatada justo entre sus sienes.

Se quedó allí de pie, petrificada, a solo un brazo de distancia de la puerta. Cada músculo de su cuerpo estaba tenso, agarrotado. Apenas se atrevía a respirar, conteniendo el aliento hasta que le ardieron los pulmones, por el miedo irracional pero abrumador de que hasta el más mínimo sonido pudiera delatarla. De que le dijera a *alguien* dónde estaba exactamente. De que ahí fuera alguien escuchaba, igual que ella, y solo esperaba oír una señal de vida.

Tras unos segundos interminables y agónicos que parecieron minutos, Claire se obligó con toda su fuerza de voluntad a alzar la voz. Tenía que decir algo, tenía que romper ese silencio asfixiante. —¿Hola? —logró decir finalmente, pero su voz sonó débil, quebradiza, impregnada de un miedo que en realidad había querido ocultar. Mucho más temerosa y temblorosa de lo que había pretendido.

No hubo respuesta. Ni un sonido, ni una explicación. Solo el siniestro silencio de la casa. El propio silencio parecía respirar, pulsar, envolverla.

¿Qué está pasando aquí? El pensamiento le cruzó la mente presa del pánico. *¿Me lo estoy imaginando todo? ¿Estoy perdiendo la cabeza?* Quizás estaba sobreexcitada, con los nervios de punta tras el extraño encuentro. Quizás su imaginación le estaba jugando una mala pasada.

Pero en el fondo, sabía que no era cierto. Esto era real. Demasiado real.

De repente, las lágrimas, calientes e inesperadas, brotaron de sus ojos, nublándole la vista. Se le hizo un nudo en la garganta. Y entonces, como una descarga eléctrica, la recorrió otra sensación, la sensación inmediata, instintiva, casi física, de ser observada. Alguien la miraba. Ahora, en este mismo instante. Podía sentirlo, esos ojos invisibles sobre su piel, clavados en ella a través de la oscuridad.

Apresuradamente, con manos temblorosas, volvió corriendo al salón y apagó la luz. De inmediato, la habitación se sumió en la oscuridad. Luego tropezó hasta la cocina, buscó a tientas el interruptor de la luz y también apagó la iluminación allí. Su respiración era entrecortada, presa del pánico. No quería que la vieran desde fuera, no tan claramente, tan iluminada, como si estuviera en el escenario de un teatro. Quería volverse invisible, esconderse en las sombras, protegerse de lo que fuera que acechaba ahí fuera en la oscuridad.

Al amparo de la penumbra, Claire se apretó con fuerza contra la pared fría, con los omóplatos pegados al yeso, e intentó con todas sus fuerzas calmar su corazón desbocado. Se concentró en su respiración, pero el pánico no remitía.

Con pasos vacilantes e inseguros, se movió por la ahora oscura cocina, con los ojos aún no completamente acostumbrados a la penumbra. Su mano encontró el taco de los cuchillos sobre la encimera, sus dedos se cerraron alrededor de uno de los mangos. Vaciló, deteniéndose en mitad del movimiento, obligándose a respirar hondo. *Mantén la calma*, se ordenó a sí misma.

Simplemente, mantén la calma. Probablemente solo ha sido el viento. O un animal. Un animal que ha volcado el cubo de la basura. O...

Entonces la vio.

A la mujer.

La de antes.

Estaba de pie justo delante de la ventana de la cocina, a solo unos metros de distancia, con el rostro pálido bajo la débil luz de la luna, y miraba directamente al interior de la casa. A su lado había una figura maciza, un hombre, corpulento como un oso, su silueta amenazadora y robusta. Ambos estaban completamente inmóviles, como estatuas, y miraban fijamente a través del cristal hacia el oscuro interior. Simplemente mirando. Esperando.

Entonces, con una lentitud que tenía algo de ceremonial, casi ritual, la mujer levantó la mano derecha. En la oscuridad exterior, algo

metálico brilló; Claire reconoció la forma estrecha y alargada de un cuchillo en la mano de la desconocida. Con la punta de la hoja, la mujer golpeó, casi juguetonamente, el cristal de la ventana.

CLAC.

Una breve pausa.

CLAC.

Un grito helado brotó de la garganta de Claire. Por puro instinto, arrancó uno de los grandes cuchillos de cocina del taco, agarró el mango con ambas manos y lo apretó con fuerza contra su pecho, como si pudiera protegerla. Sus piernas cedieron, se dejó caer en cuclillas, apretándose contra los armarios inferiores. Lágrimas calientes corrían por su rostro. Todo su cuerpo temblaba sin control.

Después de unos segundos que parecieron una eternidad, se obligó a mirar con cautela de nuevo hacia la ventana, solo un breve vistazo por encima del borde de la encimera. Nada. La ventana estaba vacía. Ambas figuras habían desaparecido, como si nunca hubieran estado allí.

¿Qué demonios...? Su mente luchaba desesperadamente por comprender la situación. *¿Me los he imaginado? ¿Ha sido real? ¿Dónde están ahora?*

A cuatro patas, con el cuchillo aún firmemente sujeto, Claire salió gateando hacia atrás de la cocina al salón. Se arrastró detrás del gran sofá y se hizo lo más pequeña posible, llevando las rodillas al pecho. La tenue luz amarillenta de la lámpara exterior se filtraba débilmente por las ventanas, proyectando sombras largas y danzantes en las paredes. Sus dedos sudorosos se aferraban al mango del cuchillo hasta que los nudillos se le pusieron blancos, mientras escuchaba atentamente. Cada crujido de la casa, cada susurro, cada sonido, por minúsculo que fuera, significaba un peligro potencial, podría revelar dónde estaban.

Entonces, un sonido en la puerta de entrada. Suave, pero inequívoco. Un arañazo. Un clic. Había alguien ahí fuera. Alguien estaba manipulando la cerradura, pensó.

Claire temblaba de pies a cabeza. Escondida detrás del sofá, acurrucada en la sombra, no podrían verla de inmediato si alguien entraba. Quizás tenía una oportunidad, quizás...

La puerta se abrió. El suave chirrido de las bisagras cortó el silencio como una cuchilla. Pasos sobre el suelo de piedra. Lentos. Acercándose.

—¿Cariño? —dijo una voz. Una voz masculina.

Durante un momento largo y desorientador, Claire no la reconoció, como si tuviera que despertar de una pesadilla profunda y pegajosa, como si su cerebro tuviera que volver a aprender qué era real y qué no. Su mente necesitó unos segundos para procesar los tonos familiares.

La luz se encendió. Una luz brillante y cálida inundó la habitación.

Era Ethan. Estaba de pie frente a la puerta de entrada cerrada, con una gran bolsa de papel con comida en una mano y la otra todavía en el interruptor de la luz. Frunció el ceño con desconcierto mientras su mirada se deslizaba por el salón. Lentamente, como si no supiera muy bien qué estaba encontrando, dejó la bolsa en la pequeña mesa auxiliar junto a la puerta.

Claire dejó escapar un largo y tembloroso suspiro, mitad sollozo, mitad alivio. Sus dedos agarrotados se abrieron, soltando el cuchillo. Lo oyó caer con un ruido sordo sobre la alfombra a su lado. Al instante siguiente, se puso de pie de un salto y se abalanzó hacia Ethan, arrojándose literalmente a sus brazos, aferrándose a él como si fuera lo único estable en un mundo que acababa de desmoronarse bajo sus pies.

—Eh, eh —le oyó decir, con voz sorprendida y preocupada—. Sus brazos la rodearon, firmes y cálidos. Sintió la tensión en su propio cuerpo, el temblor incontrolable que no podía reprimir—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué ocurre?

Claire sollozó, las palabras brotaron de ella, atropellándose, como si se rompiera una presa. —Ethan, había alguien aquí. Una mujer. Ha aparecido de la nada, en nuestra puerta, en mitad de la noche.

Decía que se le había averiado el coche. Pero algo no iba bien con ella, ¿entiendes? Era... rara. Y no la dejé entrar, por supuesto que no, pero entonces... —su voz se quebró—. Entonces mi móvil había desaparecido.

—¿Tu móvil? —Ethan la apartó un poco de él. Claire vio cómo fruncía el ceño, intentando comprender sus palabras—. ¿Qué quieres decir con que ha desaparecido?

—¡Sí! ¡Desaparecido! —Claire se oyó a sí misma, con la voz cada vez más alta, más desesperada—. Lo había dejado en la mesa del salón, lo sé perfectamente. Y ahora no está. He buscado por todas partes, de verdad, por todas partes. Debajo de los cojines, en la cocina, simplemente en todas partes.

Vio cómo Ethan arrugaba la frente, cómo su mirada recorría brevemente el salón, como si pudiera descubrir el teléfono perdido. Luego volvió a mirarla, y en su expresión había algo que reconoció de inmediato: preocupación, sí, pero también... ¿duda? —Claire, quizás simplemente lo has puesto en otro sitio, sin pensar. Pasa. Estabas estresada por esa extraña, y cuando una está estresada, a veces se olvidan esas cosas. Nuestro cerebro nos juega malas pasadas.

—¡No! —La palabra cortó el aire de la habitación, más afilada y fuerte de lo que Claire había pretendido. Se dio cuenta de lo desesperada que sonaba, pero no le importó. No la creía. Podía verlo en sus ojos—. ¡No me lo estoy imaginando, Ethan! Escúchame, estaba justo ahí, en la mesa. Y la mujer... —su voz comenzó a quebrarse de nuevo, las lágrimas volvieron a asomar a sus ojos, empañando su visión—. Estaba con un hombre delante de la ventana de la cocina. Me estaban observando. Los dos. ¡Y ella tenía un maldito cuchillo en la mano y golpeaba el cristal con él!

Claire vio cómo Ethan la miraba atónito, con la boca ligeramente abierta. Su mirada se dirigió involuntariamente hacia la ventana de la cocina. Durante un largo momento, pareció debatir consigo mismo, y Claire pudo ver literalmente cómo los pensamientos trabajaban tras su frente, cómo sopesaba si todo aquello podía ser

real o si ella posiblemente... Vio cómo sacudía la cabeza, como si quisiera ahuyentar un pensamiento desagradable.

—Vale —dijo finalmente, con la voz deliberadamente tranquila, controlada. Demasiado tranquila. El tipo de calma con la que se habla a alguien que está a punto de perder los estribos—. Quizás... quizás todo esto sea un gran malentendido. Pero tienes razón, deberíamos asegurarnos. —Sintió cómo él le ponía una mano en el hombro para tranquilizarla—. Mejor llamamos a la policía. Ahora mismo. Que ellos lo investiguen. Solo voy a coger mi móvil del coche, ¿vale? Vuelvo enseguida.

Cuando se dio la vuelta para irse, Claire lo agarró firmemente del brazo, sus dedos se clavaron en la tela de su chaqueta. El pánico la recorrió al pensar que ahora saldría solo, a la oscuridad, donde estaba esa gente. —No —dijo con una determinación que surgía de lo más profundo de su ser—. Ethan, quiero irme de aquí. Ahora mismo. No me quedo ni un segundo más en esta maldita casa.

Vio cómo Ethan se giraba de nuevo hacia ella, cómo sacudía la cabeza con incredulidad. —Claire, cariño, primero tienes que calmarte. No podemos simplemente...

—¿Pero me has escuchado? —lo interrumpió Claire, escuchando su propia voz volverse estridente por el miedo y la frustración acumulados—. ¡La mujer tenía un puto cuchillo! ¡Golpeaba nuestra ventana con él! ¡Mi teléfono ha desaparecido! ¿No entiendes lo que eso significa? ¡Quiero irme de aquí, ahora mismo!

Vio cómo él la miraba fijamente durante un largo momento, completamente desconcertado por su vehemencia. Respiró hondo y se pasó la mano por el pelo.

—Vale —dijo finalmente, con la voz preocupada y más condescendiente. Claire sintió que sus hombros se relajaban un poquito—. Nos vamos. Ahora mismo. Nuestras cosas... ya las cogeré más tarde. Vamos.

Ethan abrió la puerta de entrada. Las bisagras chirriaron suavemente en el silencio. Ambos se detuvieron un momento en el umbral, Claire

justo detrás de él. Afuera, todo estaba sumido en una oscuridad profunda e impenetrable. Solo el viento soplaba entre los árboles, haciendo crujir y susurrar las ramas. Por lo demás, no se veía ni se oía nada. Ninguna figura, ningún movimiento. Solo la noche.

La entrada al garaje estaba en penumbra, apenas iluminada por la débil luz del porche. Claire siguió a Ethan hasta su coche, sus ojos se movían nerviosamente de un lado a otro, buscando movimientos en la oscuridad. El latido de su corazón martilleaba en sus oídos.

Cuando llegaron al coche, Claire oyó a Ethan maldecir de repente. —Mierda.

—¿Qué pasa? —preguntó Claire de inmediato, con la voz tensa. Se dio la vuelta bruscamente, mirando nerviosa a su alrededor, esperando que alguien saltara de las sombras en cualquier momento.

Ethan señaló los neumáticos en silencio. Claire siguió su mirada y se le cortó la respiración. Los neumáticos estaban rajados, unos cortes profundos y abiertos atravesaban la goma. Y la puerta del conductor estaba entreabierta.

Con movimientos cautelosos, Ethan abrió más la puerta y se inclinó hacia el interior. Claire vio cómo su cuerpo se quedaba rígido. —Mi móvil... —su voz sonaba incrédula, atónita—. Ha desaparecido.

El estómago de Claire se contrajo dolorosamente. Una ola de pánico helado le palpitó en el pecho, extendiéndose por todo su cuerpo. Esto no era una coincidencia. Ni un malentendido. Era real. Y estaba planeado.

Ethan se enderezó y la miró. En su rostro había ahora algo que Claire nunca le había visto: miedo puro y descarnado. Tenía los ojos muy abiertos, la expresión tensa. —¡Vuelve a casa! —dijo bruscamente, con urgencia—. ¡Ahora mismo!

Claire estaba a punto de darse la vuelta, de correr, pero entonces lo vio, un movimiento detrás de él, una silueta oscura que se desprendía de la sombra de los árboles.

—¡Ethan! —gritó Claire a pleno pulmón.

Él se giró, pero ya era demasiado tarde. De la oscuridad, alguien se abalanzó sobre él, rápido, agachado, una figura maciza.

Claire quiso correr, ayudarlo, ir hacia él, pero de repente una mano la agarró por detrás, por el hombro. Unos dedos fuertes se clavaron en su carne. Antes de que pudiera reaccionar, sintió un dolor punzante y ardiente en el cuello. Algo afilado y metálico penetró en su piel. ¿Una aguja?

Jadeó, quiso soltarse, quiso gritar, luchar, pero de repente sus músculos ya no le obedecían. Sus piernas se volvieron blandas, pesadas, como si fueran de plomo. Sus brazos colgaban inútiles.

Todo ante ella comenzó a volverse borroso, los contornos se disolvieron, fusionándose en sombras grises y danzantes. Claire oyó la voz de Ethan, gritaba su nombre, una y otra vez, pero las llamadas sonaban amortiguadas e infinitamente lejanas.

Sus rodillas cedieron. Sintió que caía, pero el impacto nunca llegó. Luego, todo se volvió negro.

CAPÍTULO 5

Claire volvió en sí poco a poco. Todo era borroso, confuso, como si mirara a través de aguas turbias. Una luz chillona le pinchaba los ojos como agujas al rojo vivo y se le clavaba a través de las pupilas directamente en el cerebro. Un gemido de dolor escapó de sus labios, involuntario, cuando intentó levantar la mano para protegerse los ojos, en vano. Sus brazos no se movían. Los tenía atados a la espalda, fuertemente amarrados, y la áspera cuerda se le clavaba sin piedad en la piel, rozándola con el más mínimo movimiento. El pánico estalló en su pecho y le trepó por la espalda como dedos helados, una sensación gélida y ardiente a la vez. Claire tragó saliva con dificultad; tenía la garganta seca, áspera como el papel de lija. Se obligó a respirar hondo. *Cálmate. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy?*

Entonces giró la cabeza con esfuerzo y el corazón se le detuvo un instante. Ethan. Estaba sentado a su lado, también atado a una silla, con la cabeza caída sobre el pecho, inerte. La sangre le había corrido por la mejilla, dejando un rastro oscuro. Una herida abierta, profunda, le surcaba la frente.

—¿Ethan? —la voz de Claire fue poco más que un graznido ronco, frágil y débil—. Ethan, por favor... —Pero él no se movió. Su pecho subía y bajaba de forma casi imperceptible; respiraba, pero no estaba consciente.

—Hola, ricura.

La voz procedía de la izquierda; era grave, tranquila y con un matiz burlón que a Claire le revolvió el estómago. Parpadeó desesperadamente, obligando a sus ojos a enfocar hasta que los contornos se definieron poco a poco y tomaron forma.

Un hombre mayor estaba apoyado con aire despreocupado en la encimera de la cocina, con la mirada fija en ella, casi divertida. Era alto, de hombros anchos, la figura maciza que había visto en la penumbra detrás de Ethan. A su lado, sentada sobre la encimera, estaba la joven. La misma que había llamado a la puerta de Claire hacía tan poco, la que había parecido tan indefensa y asustada.

Pero ahora estaba completamente transformada. Ya no era una chiquilla indefensa y asustada. Su postura era relajada, casi aburrida. Su mirada, fría, calculadora, expectante. Una sonrisa casi imperceptible jugueteaba en sus labios.

Ambos miraban a Claire fijamente, esperando, como si hubieran aguardado precisamente ese instante. El momento en que se despertara.

—No se preocupe, está vivo —dijo la mujer con voz tranquila. Señaló a Ethan con un gesto casi imperceptible de la cabeza—. De momento —añadió.

A Claire se le llenaron los ojos de lágrimas ardientes. Le temblaba la voz al hablar. —¿Qué... qué quieren de nosotros? —Las palabras salieron entrecortadas, atravesadas por un miedo puro—. Por favor, si quieren dinero, cójanlo todo. Cojan todo y váyanse.

La mujer se deslizó de la encimera con movimientos ágiles, casi danzarines. Se acercó a Claire lentamente, midiendo cada paso, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Claire sintió cómo se le aceleraba el pulso, martilleándole las costillas.

—¿Dinero? —La mujer se detuvo justo delante de ella e inclinó la cabeza como un ave rapaz curiosa—. El dinero no tiene ningún valor para nosotros.

Claire intentó desesperadamente echarse hacia atrás, ganar distancia, pero la silla no se movió. Con el movimiento sintió algo: la

cuerda alrededor de sus muñecas. Estaba tensa, le dolía, pero... no estaba perfectamente atada. Al girar las manos, con mucho cuidado, casi de forma imperceptible, sintió un mínimo de holgura. No mucha. Pero quizá suficiente.

La mujer se agachó ante Claire hasta que sus caras quedaron a la misma altura. Sus ojos verdes eran fríos, vacíos, como los de una muñeca. —El dinero es... aburrido. Insignificante.

—¿Qué, entonces? —Claire oyó el temblor en su propia voz—. ¿Qué es lo que quieren? —La mujer sonrió más ampliamente—. Esto —dijo haciendo un gesto amplio que los abarcaba a Claire, a Ethan, a toda la escena—. Exactamente lo que está pasando ahora mismo. —Claire parpadeó, su mente se negaba a procesar las palabras—. No... no lo entiendo.

—Todavía no. —La mujer suspiró aparatosamente, se levantó de nuevo y empezó a rodear la silla de Claire. Claire intentó no perderla de vista, girando la cabeza todo lo que pudo. Mientras tanto, trabajaba imperceptiblemente en las ataduras, girando las muñecas, tirando con cuidado, probando la resistencia. La cuerda cedió. Solo un poco. Pero aún no era suficiente, ni de lejos.

—¿Sabes? —continuó la mujer, con un tono casi filosófico—, la mayoría de la gente vive toda su vida sin llegar a *sentir* de verdad. Van a trabajar, ven la tele, comen, duermen, follan y mueren. Todo en un bucle sin fin, día tras día. Es una... existencia tan aburrida. —Se detuvo detrás de Claire. Claire podía sentir su aliento en la nuca—. Pero aquí, en este momento, tú lo sientes *todo*, ¿verdad?

El hombre de la encimera habló en voz baja. —No lo entiende, no puede entenderlo.

La mujer volvió al frente, se acercó de nuevo y se inclinó tanto hacia Claire que sus narices casi se tocaron. Claire pudo oler su aliento, dulzón y repugnante. —Creo que lo entenderá —dijo la mujer, su voz se convirtió en un susurro cómplice—. El dolor es un maestro excelente. —Sus ojos brillaron, casi febriles, llenos de un entusiasmo oscuro.

Claire la miró fijamente, el horror se extendía por su interior como un virus, infectando cada pensamiento, cada fibra de su ser. — Usted... usted está enferma —logró decir.

—¿Enferma? —La mujer soltó una carcajada aguda, un sonido estridente, casi histérico, que resonó en la habitación—. ¡Esto, todo esto es un regalo! —Se irguió y abrió los brazos de forma teatral, como una directora ante su orquesta—. ¡De eso va la vida! ¡De momentos como este! ¡De emociones reales, crudas y sin filtros!

El hombre de la encimera no se inmutó. Observaba la escena como un espectador silencioso y distante, un público imparcial en una representación. Pero Claire pudo verlo en sus ojos, el brillo oscuro, la codicia apenas disimulada. Lo estaba disfrutando. Cada instante.

Claire tiró de la cuerda con más fuerza, aprovechando la distracción. Su pánico, su miedo desesperado le dieron una fuerza que no sabía que poseía. La cuerda se deslizó otro poco sobre su piel ardiente. Tenía las muñecas en carne viva, despellejadas, probablemente sangrando, pero se movía. La cuerda cedía. Aún no lo suficiente como para liberarse por completo, pero pronto. Quizá pronto.

La mujer se dio la vuelta y se dirigió hacia Ethan con pasos lentos y medidos. Claire se quedó helada, todos los músculos de su cuerpo se tensaron. Entonces, la mujer levantó la mano y le dio a Ethan una fuerte bofetada en la cara. El golpe fue tan sonoro, tan brutal, que Claire se estremeció y un sonido ahogado escapó de su garganta.

Ethan recuperó el conocimiento. Levantó la cabeza pesadamente y abrió los ojos, que no eran más que dos finas rendijas. Intentó moverse, tirando de sus brazos con confusión, todavía demasiado aturdido, demasiado desorientado para hablar o entender dónde estaba. Su mirada encontró la de Claire. Vio la confusión en ella, luego el horror que amanecía lentamente. Su corazón martilleaba por puro miedo, tan fuerte que pensó que se le rompería el pecho.

Entonces Claire vio el cuchillo. Brilló a la luz cuando la mujer lo sacó de su chaqueta.

—Por favor —susurró Claire, su voz se quebró en un gemido desesperado—. Por favor, no le haga daño.

La mujer se inclinó hacia Ethan, acariciándole la mejilla con la mano libre, casi con ternura. —Oh, cariño —le dijo a Claire sin apartar la vista de Ethan, su voz cargada de un falso pesar—. Pero si de eso va todo esto.

Entonces asestó la puñalada.

La hoja se hundió profundamente en el abdomen de Ethan con un movimiento rápido y entrenado. Él gimió, un sonido atormentado y ahogado de dolor puro. Su cuerpo se crispó contra las ataduras.

—¡No! ¡NO! —gritó Claire, tirando salvajemente de sus ataduras.

La mujer extrajo el cuchillo. La sangre brotó de la herida, tiñendo de oscuro la camisa de Ethan. Sus ojos se abrieron de par en par por la conmoción, por el dolor. Miró a Claire. Ella lo miró a los ojos, y él a los suyos. Las lágrimas corrían por el rostro de Claire, calientes e interminables. Vio cómo sus fuerzas flaqueaban, cómo se debilitaba, cómo la vida se le escapaba. Entonces sus ojos se pusieron en blanco y su cabeza se desplomó hacia delante. Perdió el conocimiento.

Claire gritó. Un sonido crudo, animal, que le salía de lo más profundo del alma.

La mujer se volvió hacia ella, con el cuchillo ensangrentado aún en la mano. Se puso en cuclillas frente a Claire, le agarró la nuca con la mano libre y le empujó la cabeza hacia delante con violencia. Presionó su frente contra la de Claire, sus rostros a apenas unos centímetros de distancia.

—¿Lo ves? —susurró la mujer—. ¿Sientes lo viva que estás ahora?

Claire supo que iba a morir. Allí, en ese momento. Igual que Ethan. Entonces algo se apoderó de sus actos: el instinto, la voluntad de sobrevivir, la pura desesperación.

Giró la cabeza a la velocidad del rayo y la mordió. Sus dientes se clavaron con toda la fuerza que le quedaba en la mejilla de la mujer, que estaba tan cerca. Atravesó la piel y la carne hasta que saboreó

la sangre, hasta que un trozo de carne se desprendió. Lo escupió de inmediato, con una arcada de asco.

La mujer lanzó un grito agudo y desgarrador. Se tambaleó hacia atrás, llevándose la mano a la mejilla ensangrentada. Luego levantó el brazo y golpeó a Claire en la cara con tal fuerza que la silla volcó.

Claire cayó de lado, aterrizando bruscamente en el suelo, y el impacto la dejó sin aire. El dolor estalló en su hombro, en su cadera. La mujer también retrocedió, tropezando, sin dejar de gritar de dolor y rabia. El hombre, distraído por los gritos, se volvió hacia la mujer.

En ese momento, en esos preciosos segundos de distracción, Claire se dio cuenta de que sus ataduras se habían soltado por completo. La caída, el esfuerzo desesperado... la cuerda se había deslizado. Tenía las manos libres.

Sin pensar, sin dudar, Claire se incorporó de un salto y echó a correr. Corrió hacia las escaleras, subiendo los escalones de dos en dos, de tres en tres, con los pulmones ardiendo.

—¡Se escapa! —rugió el hombre detrás de ella.

Unos pasos pesados retumbaron a su espalda. Claire llegó al rellano de arriba, tropezó contra la pared, se recompuso y siguió corriendo hacia el dormitorio. Cerró la puerta de un portazo y giró la llave. Le temblaban tanto las manos que apenas podía agarrarla.

Segundos después, unos golpes resonaron contra la puerta. Golpes contundentes que hicieron temblar la madera.

Claire se dio la vuelta y corrió hacia el armario que había en la esquina de la habitación. El teclado electrónico brillaba débilmente. Sus dedos flotaron sobre las teclas. *El código. ¿Cuál era el maldito código?*

Los golpes en la puerta se intensificaron. Siguieron patadas, fuertes patadas contra la madera. La puerta no aguantaría mucho tiempo.

Ethan le había dicho el código. ¿Cuál era? Claire marcó el código 14105. Le temblaban los dedos. Un pitido agudo. Incorrecto.

—¡Mierda! —respiró hondo, obligándose a concentrarse.

Los golpes se hicieron aún más fuertes, más agresivos. Oyó cómo se astillaba la madera. La hoja de la puerta cedía.

Esta vez marcó 11450. De nuevo el pitido agudo. De nuevo incorrecto.

—¡No, no, no! —Lágrimas de desesperación corrían por su rostro. Claire introdujo un tercer código. *11405*. Un pitido de confirmación. Un clic.

El armero se abrió. Claire cogió la escopeta, sus manos se cerraron sobre el frío acero. Justo en ese momento, la puerta se abrió de golpe, estrellándose contra la pared.

El hombre irrumpió en la habitación, su figura maciza llenaba el marco de la puerta. Tenía la rabia y el ansia de matar en los ojos.

Claire levantó el arma, no apuntó, no podía apuntar, no tenía tiempo. Simplemente apretó el gatillo.

El retroceso casi la tiró al suelo. El estruendo ensordecedor le hizo zumbar los oídos. El hombre se tambaleó hacia atrás, su cara... su cara había desaparecido, destrozada, una masa sanguinolenta. Cayó de espaldas al pasillo y se desplomó pesadamente en el suelo.

Entonces llegó la mujer. Gritaba, también con el rostro hecho una ruina sangrienta, medio enloquecida de dolor y rabia. Se abalanzó sobre Claire y la derribó. Ambas cayeron al suelo.

Sus cuerpos chocaron, ambas luchaban con la desesperación de los condenados a muerte. La mujer era más fuerte, mucho más fuerte, impulsada por la adrenalina, el dolor y el puro odio. De repente, algo brilló en su mano: el cuchillo.

La hoja se clavó en su costado, cortando tela y piel. Un dolor ardiente y punzante estalló en el cuerpo de Claire. Gritó, defendiéndose desesperadamente, golpeando la mano de la mujer. El cuchillo cayó al suelo, deslizándose por el suelo de piedra fuera de su alcance.

Ambas jadeaban, sangraban, seguían luchando. La mujer se arrojó de nuevo sobre Claire, intentando inmovilizarla. Claire la pateó, apartándola de sí. Ambas rodaron por el suelo.

Entonces, con un último empujón desesperado, Claire se liberó. La atacante retrocedió tambaleándose mientras Claire permanecía de rodillas, el corte en su costado le ardía como el fuego. La mujer estaba de pie frente al gran ventanal del dormitorio, la luz de la luna entraba por los cristales y bañaba su figura ensangrentada con una luz espectral. Justo al lado de Claire estaba la escopeta.

Sus miradas se encontraron. Durante un latido reinó un silencio absoluto.

Entonces Claire agarró el arma. Sus dedos se cerraron sobre ella, la levantó y apuntó a la mujer.

La mujer dio un paso adelante, su rostro destrozado se contorsionó en una expresión de locura. —Maldita hija de... —Claire disparó.

El estruendo ensordecedor rompió el silencio. El retroceso hizo que Claire volviera a tambalearse. La mujer fue lanzada hacia atrás con una violencia brutal, a través del ventanal que llegaba hasta el suelo. El cristal estalló, explotó en mil fragmentos brillantes que giraron en el aire como diamantes. Salió volando hacia la noche, con los brazos extendidos, precipitándose al vacío y aterrizando con un fuerte chapoteo en la piscina del jardín.

Claire se arrodilló en el suelo, jadeando, con el arma todavía en las manos. Le dolía todo. Le ardía todo. Pero estaba viva.

Tras unos segundos interminables, se levantó, salió del dormitorio tambaleándose, pasando por encima del cadáver del hombre y bajando las escaleras. —¡Ethan! —su voz era áspera, ronca por los gritos.

Él seguía sentado en la silla, desplomado, cubierto de sangre. Pero su pecho subía y bajaba. Débilmente, pero sin pausa. Respiraba. Todavía estaba vivo.

—Ethan, aguanta. Por favor, aguanta. —Claire apretó las manos sobre la herida, intentando desesperadamente detener la hemorragia.

Echó un vistazo hacia la ventana. Hacia la piscina del jardín, que brillaba bajo la débil luz de la luna. El cadáver de la atacante flotaba

inmóvil en la superficie, su sangre teñía el agua de rojo.

De repente, oyó una vibración. Provenía de la encimera de la cocina.

El móvil de Ethan. Podía pedir ayuda.

Con dedos temblorosos y manchados de sangre, Claire lo cogió.

COPYRIGHT

Copyright © 2025 Josh Clare

All rights reserved

Coverdesign: Josh Clare

Josh Clare

c/o Block Services

Stuttgarter Str. 106

70736 Fellbach

Joshclareauthor@gmail.com
